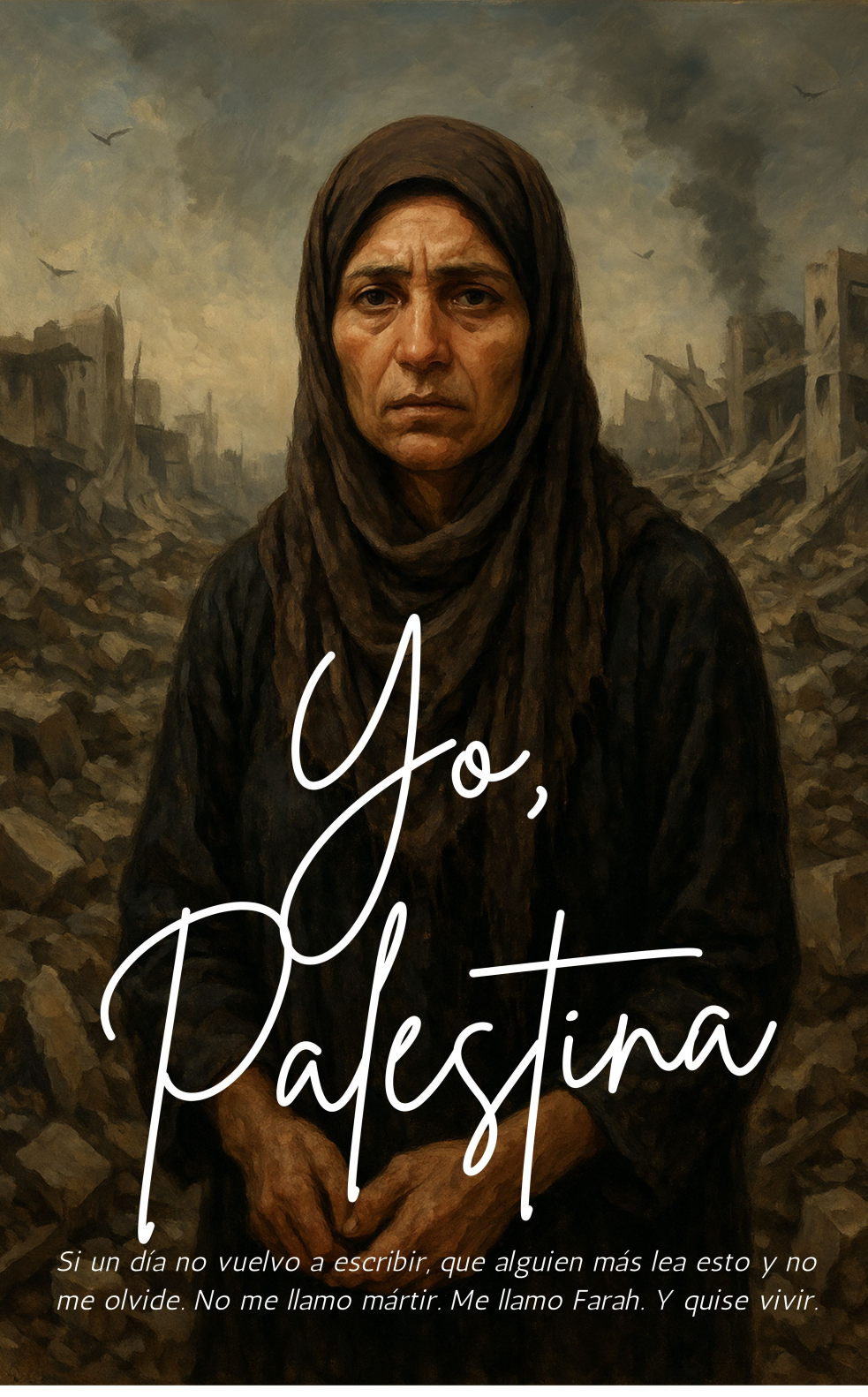


A painting of a woman with a dark, textured headscarf and a somber expression, standing amidst a landscape of rubble and destroyed buildings. The sky is overcast with dark clouds and a few birds flying in the distance. The overall tone is somber and evocative.

Go, Palestina

Si un día no vuelvo a escribir, que alguien más lea esto y no me olvide. No me llamo mártir. Me llamo Farah. Y quise vivir.

Ye, Palestina

ADOLFO BENJAMIN KUNJUK

KUNJUK PRESS

Copyright © 2025 by Adolfo Benjamin Kunjuk

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Nota del autor

Esta es una obra de ficción inspirada en hechos reales. Aunque muchos eventos, escenarios y sentimientos reflejan situaciones documentadas en territorios ocupados, los personajes y las voces narrativas han sido construidos como recurso literario. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es parcialmente intencional, pero no literal.

Esta obra no busca representar a ninguna organización ni gobierno. Es un testimonio artístico, político y humano. Lo que aquí se dice no pretende sustituir al periodismo ni a la historia oficial, sino abrir una grieta por donde entre la memoria.

Índice

Dedicatoria	VII
Prólogo	VIII
1. Capítulo 1: El silencio antes del derrumbe	1
2. Capítulo 2: Voces bajo los escombros	17
3. Capítulo 3: El convoy que nunca llegó	33
4. Capítulo 4: El pan y la poesía	49
5. Capítulo 5: El muro de los nombres	65
6. Capítulo 6: Una tregua de humo	80
7. Capítulo 7: Corazones en latas	95
8. Capítulo 8: La ONU y los comunicados vacíos	110
9. Capítulo 9: El camión fantasma	126
10. Capítulo 10: El diario de los que aún respiran	142
11. Capítulo 11: El hospital sin sombra	158
12. Capítulo 12: El cuaderno y la última palabra	173

Epílogo	188
Agradecimientos	190

A Malena, madre de mis hijos,
que ama con la misma fuerza silenciosa
con la que tantas madres de Palestina protegen lo que queda.

A Simón y Farid,
porque su risa me recuerda lo que miles de padres allá
ya no pueden escuchar.

A mi familia,
por su amor en medio del ruido y la urgencia.

Y a Palestina,
no como bandera, sino como cuerpo y memoria.
Que este libro sea abrigo para quienes no tienen techo,
y voz para los que ya no pueden hablar.

Prólogo

Este no es un libro de historia. Tampoco es un manifiesto.
Es el eco de una voz que casi fue silenciada.

Durante semanas, mientras el mundo encendía sus televisores y luego los apagaba, alguien escribió entre escombros. Sin tinta, sin pan, sin garantías.

Esta es la crónica de Farah, una mujer cualquiera, una sobreviviente, una testigo.

No pidió ser escritora, pero le quedó esa única arma: contar.

Lo que usted va a leer no es ficción, aunque algunos quieran creerlo. No tiene héroes ni finales felices. Tiene nombres. Tiene fechas. Tiene cuerpos.

Tal vez al leer esto, piense que es literatura.

Ojalá.

Porque eso significará que usted todavía puede leer.

Y que Farah, de alguna manera, todavía está viva.

Capítulo 1: El silencio antes del derrumbe

Me despierto con la misma pregunta de siempre: ¿estoy viva? Abro los ojos y veo el cielo crudo donde debería estar el techo. Sí, sigo aquí. Sobreviví otra noche en Shuja'iyya. Hay que felicitar al cuerpo por su obstinación.

El colchón bajo mi espalda es un festival de manchas. Tiene la biografía completa de esta guerra: sangre seca de cuando cargué al hijo de Walid, orina de las noches sin poder salir, y ese círculo amarillo del té que derramé cuando las bombas cayeron en febrero. No lo lavo. ¿Con qué agua? Además, ya es parte de la familia. Quizás la única familia que me queda.

La pared frontal de lo que llamábamos casa ya no existe. Se la llevó un misil hace tres semanas, junto con la puerta y las fotos de mi madre. Ahora tengo lo que los turistas pagarían fortunas en Europa: vista panorámica. Desde mi cama puedo ver la calle, los escombros,

y más allá, otros escombros. Un paisaje monótono, sin duda, pero consistente.

A mi lado hay tres latas vacías que lamí anoche hasta sentir la lengua cortada. La última conserva que me quedaba. Regalo de un convoy que logró entrar en enero, antes de que los bloqueos se hicieran totales. Si mis cálculos no fallan, era atún. O quizás garbanzos. El hambre confunde los sabores. También hay una botella sin agua y una bolsa con un polvo blanco que podría ser harina, o tal vez yeso de la pared. A veces los confundo y me preparo "pan" que sabe a pared. Es lo que llamo "gastronomía de guerra".

Pienso en Zahra. No volvió anoche. Salió a buscar agua en el pozo que abrieron cerca de donde estaba la clínica. "Son sólo cuatro cuadras", dijo. "Vuelvo antes de que oscurezca". El sol ya está alto y ella no aparece. Quizás encontró agua y decidió quedarse. Quizás encontró balas y decidió quedarse para siempre. Los eufemismos son mi último lujo.

—Si no hay bombas, debo estar muerta —murmuro, y luego río de mi propio chiste.

Mi risa suena como papel arrugado. No he tomado agua desde ayer por la mañana. Las bombas de la operación "Oz VaHerev" cayeron hace diez días, matando a más de quinientos en una sola noche. Uno de los "logros militares" de los que Netanyahu presumió en televisión. Curioso que tengan nombres tan poéticos para la matanza. "Espada y Valor", me explicó una vez un periodista extranjero. Qué bonito, ¿no? Casi hace que te sientas honrada de morir bajo tanta poesía bíblica.

Me incorporo lentamente. Las costillas protestan. El hambre es un animal que te come desde dentro, pero con modales: va mordiendo despacio. Primero la grasa, luego los músculos, después los órganos. Mi cuerpo ya debe ser un edificio como los de Gaza: sostenido por pura tozudez.

Afuera, el silencio es casi tan aterrador como los bombardeos. Un silencio que huele a polvo, a carne pudriéndose bajo cemento, a ausencia. Desde el 18 de marzo, las calles de Shuja'iyya son un cementerio sin tumbas. Cuerpos que nadie pudo enterrar. Historias que nadie pudo terminar.

—Buenos días, Palestina —susurro mientras me pongo en pie—. Sobrevivimos otra noche.

Y como si Dios quisiera burlarse de mi optimismo, escucho a lo lejos el zumbido familiar de los drones. El día comienza en Gaza. Un día más. Un día menos. Ya no sé cuál es la diferencia.

Cada mañana el mismo ritual. Busco el cuaderno como quien busca un indicio de normalidad en este mar de destrucción. Meto la mano entre las astillas de la que fue mi cómoda. La madera está húmeda, podrida por la lluvia que entró libremente después del bombardeo de hace diez días. Mis dedos rozan algo. No es el cuaderno, pero sí una hoja suelta, arrugada como una piel anciana. También encuentro mi lápiz, gastado y mordido. Tesoros de guerra.

Me siento en el borde de lo que queda de pared y extendo la hoja sobre mi rodilla. Este papel es importante. Es más importante que los comunicados de la ONU, más verdadero que los informes de "daños colaterales". Este papel tiene los nombres de los que amé. Los que ya no respiran. Los que el mundo prefiere olvidar.

Miro la lista que comencé hace meses. La leo en voz alta porque los muertos merecen que sus nombres vibren en el aire:

Hassan (padre) – 14 enero 2024 – Bombardeo en Khan Yunis

Amira (madre) – 17 marzo 2025 – Sin insulina

Khalil (hermano) – 22 marzo 2025 – Francotirador en Webda Street

Samira (hermana) – 9 abril 2025 – Ataque aéreo en Shuja'iyya

Tariq (sobrino, 4 años) – 26 junio 2025 – Hambre

Paso el dedo por el nombre de Tariq. Cuatro años. No sabía aún escribir su nombre completo pero sabía contar hasta veinte. Le gustaban los caramelos de menta. Tenía un lunar en forma de media luna bajo el ombligo. Murió porque su cuerpo pequeño no pudo resistir tres meses sin comida adecuada. Mientras agonizaba, le conté historias de cuando el mar estaba limpio y podíamos bañarnos en él. Me preguntó si en el cielo había dulces. Le dije que sí.

Escribo ahora, con el lápiz que se rompe, el nombre de la abuela de Zahra:

Um Raed – 6 julio 2025 – Esperando ayuda en el paso de Zikim

Setenta y ocho años. Murió de pie, en la fila para recibir harina. El comunicado israelí dijo que hubo "disturbios". La verdad es que hubo balas. La verdad es que los cuerpos quedaron bajo el sol por dos días porque nadie podía acercarse a recogerlos.

Debajo de los muertos, escribo el nombre del único sobrino que me queda vivo:

Nabil (sobrino, 13 años) – Vive en algún lugar del norte

No sé si realmente vive. No lo veo desde que nos separaron en febrero. Me dijeron que lo vieron en un grupo que caminaba hacia el norte. Le pongo "vive" porque necesito que al menos uno de nosotros tenga esa palabra al lado.

Doblo el papel y lo guardo en el bolsillo de mi pantalón, junto a mi pecho. Recuerdo entonces las palabras exactas del último comunicado de la ONU que escuché en la radio que compartíamos con todo el barrio, antes de que también la destruyeran: "Reiteramos nuestro compromiso con la protección de la población civil en zonas de conflicto".

Sonríó con una amargura que me quema la garganta. Tal vez por eso quedamos vivos algunos. Para contar los cuerpos. Para llevar las listas. Para que nadie pueda decir que no sabían.

—Los tengo aquí —susurro, golpeando suavemente el papel en mi pecho—. Tengo sus nombres. No son números. No son estadísticas. Tenían cumpleaños y canciones favoritas y sueños estúpidos como todos los humanos.

El dron pasa nuevamente, pero más bajo. Su zumbido es como el de una avispa gigante. Me quedo muy quieta, como si eso importara. Como si mi inmovilidad pudiera engañar a las cámaras térmicas.

"Protegeremos a los civiles," había dicho la ONU.

Y ahora aquí estoy, protegida por mi lista de muertos, mientras el aire vibra con la promesa de más nombres para añadir.

Salgo hacia la calle con mi botella vacía de plástico, aplastada como mi esperanza pero igual de obstinada. Camino descalza porque mis zapatillas se deshicieron hace semanas. Mis pies conocen de memoria cada piedra, cada trozo de vidrio, cada fragmento de vida rota en estas calles. Son mapas de carne que saben dónde pisar.

El tanque improvisado en el cruce de Al-Wahda Street es nuestro nuevo centro social. Un barril oxidado que algún alma piadosa de una organización internacional dejó antes de que el ejército israelí los expulsara en mayo. Ahora somos nosotros quienes lo llenamos con agua de pozos improvisados, agua que sabe a metal y a tierra. Agua que es vida aunque traiga muerte.

La fila tiene unas quince personas. Somos los sobrevivientes olvidados de Shuja'iyya. Los que no aparecemos en los comunicados, los que no tuvimos fuerzas para huir cuando las bombas de "Gideon's Chariots" convirtieron el barrio en un campo de escombros. Nos reconocemos por la mirada, esa forma particular de ver sin ver realmente, como si tus ojos estuvieran siempre mirando hacia adentro, contando a tus muertos.

—Abu Mahmoud se cayó otra vez —me dice Salma, una niña de unos ocho años que está delante de mí en la fila.

El anciano está tirado a pocos metros, un montón de huesos envueltos en una camisa descolorida. Nadie se mueve para ayudarlo. No es crueldad. Es que ya no tenemos fuerzas ni para la compasión. Cada gesto cuesta energía, y la energía es un lujo cuando hace tres días que no comes.

—¡Abu Mahmoud! —grito sin moverme—. ¿Estás vivo?

El anciano levanta una mano temblorosa. Está vivo. Por ahora.

—El sol... —murmura—. El fuego del sol...

El termómetro que alguien colgó en lo que queda de un poste marca 43 grados. Es julio y el infierno tiene nombre propio en Gaza.

A mi lado, un niño de unos seis años sostiene una taza de plástico rota. Su pelo está lleno de piojos y tiene costras en los labios. Su mirada es vieja, como la de todos los niños que quedan.

—Mi mamá se murió —me dice sin emoción, como quien comenta el clima—. Se murió de la panza. Caca con agua, mucha agua. Tres días así.

—¿Diarrea? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

El niño asiente. No llora. Ya no hay lágrimas en Gaza; se han secado como los ríos.

—¿Cuándo?

—Ayer. Los vecinos la pusieron con los otros, allá —señala hacia un montículo cubierto con mantas al final de la calle. Nuestro cementerio colectivo hasta que alguien tenga fuerzas para cavar.

Cuando por fin me toca, lleno mi botella con el líquido turbio. Huele a metal, a cloacas, a supervivencia a cualquier precio. Miro al niño que sigue a mi lado, observándome con ojos enormes en una cara demasiado pequeña.

Le tiendo mi botella. Sus dedos sucios la agarran como si fuera un tesoro.

—¿Y tú? —pregunta confundido—. ¿No tienes sed?

Sonríó mostrando mis encías donde faltan varios dientes. Los perdí cuando una explosión me tiró contra una pared en marzo. Otro regalo de Netanyahu.

—Yo ya tomé veneno ayer —le digo con una risa seca—. Un poco más de este barro no me va a matar.

El niño asiente, como si mi respuesta tuviera toda la lógica del mundo. En Gaza, la lógica cambió. La vida cambió. La muerte es la única constante.

Vuelvo hacia lo que queda de mi casa, pasando junto a Abu Mahmud que sigue tirado bajo el sol. Me agacho con esfuerzo y le pongo mi pañuelo húmedo en la frente. No sé si el agua le hará bien o lo enfermará más, pero al menos sentirá que alguien lo tocó, que alguien vio su sufrimiento.

—Shukran —murmura con los ojos cerrados—. Que Alá te proteja.

Río amargamente. Si Alá me está protegiendo, no quiero imaginar cómo sería su abandono.

Vuelvo a sentarme en mi colchón cuando la veo. Zahra viene caminando despacio, como si cada paso le costara el alma. Trae algo envuelto en una manta gris, un bulto pequeño que abraza contra su pecho. No necesito preguntar qué es. Lo sé antes de que llegue.

Se sienta a mi lado sin decir palabra. La manta está manchada de tierra rojiza. Sus manos también. Tiene las uñas negras, rotas hasta la carne. El silencio entre nosotras pesa como cemento fresco.

—Lo enterré con una cuchara —susurra finalmente, su voz tan seca como las piedras—. No podía dejarlo ahí solo.

Miro sus manos. La derecha todavía agarra una cuchara de plástico, deformada por el calor o el uso. Es de esas que venían en los paquetes de ayuda humanitaria, antes de que Trump convenciera al mundo de que Gaza no merecía ni cucharas.

Saco mi hoja arrugada. La misma donde llevo la cuenta de nuestros muertos. Con el lápiz gastado escribo:

Ahmad (hijo de Zahra, 2 años) – 7 julio 2025 – No había más leche

—Era tan liviano —dice Zahra, mirando el bulto en sus brazos como si aún no pudiera creerlo—. Cuando lo cargué para enterrarlo, pesaba menos que cuando nació.

No llora. Las lágrimas son un lujo que Gaza ya no puede permitirse. En su lugar, sus dedos acarician la manta con una ternura que me rompe por dentro.

—¿Dónde...? —empiezo a preguntar, pero me interrumpe.

—Detrás de la mezquita destruida. Donde estaba el jardín de rosas. ¿Te acuerdas? —Su voz suena casi normal, como si estuviera hablando del clima—. Cavé todo lo que pude. La tierra está dura. Como nosotros.

Anoto esto también. No por memoria. No por historia. Lo anoto porque necesito que alguien, en algún lugar, sepa que en Gaza las madres entierran a sus hijos con cucharas de plástico. Que los envuelven en mantas grises manchadas de tierra roja. Que no lloran porque el llanto requiere agua, y el agua es más preciosa que el oro.

—Le canté —continúa Zahra—. Mientras cavaba, le canté esa nana que mi madre me enseñó. La de los pájaros que vuelan hacia el mar. ¿La conoces?

Asiento. Todos en Gaza conocemos esa canción. Ahora tiene un sabor diferente. Ahora los pájaros no vuelan hacia el mar. Vuelan hacia donde no caen bombas.

—Zahra... —digo, pero ¿qué palabras sirven cuando una madre entierra a su hijo con una cuchara?

—No digas nada —me corta—. Solo escribe. Escribe que mi Ahmad amaba los dátiles. Que tenía dos dientes apenas. Que se reía

cuando le hacía cosquillas en la panza. Escribe que era un niño, no un número. No una estadística. Era mi hijo.

Escribo todo esto en mi papel. Lo escribo mientras ella sigue sosteniendo la manta vacía, la cuchara rota, el peso insostenible de seguir respirando cuando tu hijo no.

En algún lugar, los drones siguen zumbando. En algún lugar, Netanyahu habla de "objetivos militares". En algún lugar, el mundo sigue girando como si nada.

Pero aquí, en este pedazo de Gaza que ya no existe en ningún mapa, una madre sostiene una manta gris y una cuchara de plástico, y yo escribo para que nadie pueda decir que no sabían.

La radio crepita entre mis manos. Es un aparato viejo que encontré entre los escombros de la casa de Um Raed. Funciona a medias, con pilas que recargamos usando un panel solar roto. A veces capta alguna señal. A veces solo ruido. Como todo en Gaza, sobrevive por pura obstinación.

"Informe especial..." La voz se corta, regresa. "...convoy humanitario... Kerem Shalom... colonos israelíes impiden..." Estática. Ajusto la antena improvisada, hecha con un alambre y esperanza. "...más de veinte camiones retenidos... alimentos y medicinas..."

Miro a Zahra. Sigue sentada, inmóvil, acariciando la manta vacía. La noticia del convoy bloqueado ni siquiera la hace parpadear. ¿Qué es un camión de comida para quien acaba de enterrar a su hijo con una cuchara?

"Los colonos argumentan razones de seguridad..." continúa la radio. Río, pero es una risa que duele. Seguridad. Siempre es seguridad. Cuando bombardean hospitales: seguridad. Cuando matan niños: seguridad. Cuando bloquean la ayuda humanitaria: seguridad.

—¿Sabías que Alemania aprobó otro envío de armas a Israel la semana pasada? —le digo a Zahra, aunque sé que no me escucha—.

Trescientos millones de euros en "tecnología militar". Para nuestra seguridad, dicen.

La radio sigue escupiendo fragmentos de realidad entre la estática: "...enfrentamientos... piedras contra los camiones... conductores heridos..."

Pienso en los políticos europeos, en sus trajes caros y sus palabras vacías. En sus "profundas preocupaciones" mientras firman contratos de venta de armas. En sus "llamados a la moderación" mientras los misiles que compraron destrozan nuestras casas.

—Hoy no vinieron con bombas —murmuro—. Hoy vinieron con la excusa del bloqueo.

Zahra levanta la vista por primera vez. Sus ojos están secos, como pozos en sequía.

—¿Sabes qué llevaba el último convoy que llegó? —dice con voz rasposa—. Galletas. Cajas y cajas de galletas. Ahmad no podía masticar galletas. Necesitaba leche. Pero las galletas son más baratas de enviar que la leche en polvo.

La radio se apaga sola. Las pilas están muriendo. Como todo aquí.

—España también —agrego, aunque ya nadie escucha—. Vendió repuestos para aviones militares. Los mismos que luego bombardean nuestras escuelas.

Me levanto y camino hasta la ventana que ya no es ventana. El cielo está despejado, perfecto para los drones. Perfecto para los F-16 que compraron con dinero de países que luego nos mandarán banditas y galletas.

—¿Sabes qué es lo peor? —le pregunto al aire—. Que mañana dirán que intentaron ayudar. Que hicieron todo lo posible. Que sus manos están limpias.

Pero yo sé la verdad. La verdad está en la cuchara rota de Zahra. En la manta manchada de tierra. En los nombres que llevo escritos contra mi pecho.

La verdad es que sus manos no están limpias. Están manchadas con la misma tierra roja donde Zahra enterró a su hijo.

El lápiz se me resbala entre los dedos. Tres veces he intentado escribir la palabra "cuchara" y tres veces la línea se ha torcido como si la mano se negara a aceptar lo que vio. El hambre no ayuda. Hace que todo tiemble: los dedos, la vista, hasta los pensamientos.

Muerdo el borde de la galleta que encontré. Está dura, con manchas verdes que prefiero no examinar demasiado. La mochila donde la hallé todavía olía a quemado. Era pequeña, rosada, con un unicornio bordado. Me pregunto si la niña que la llevaba está viva. Me pregunto si importa preguntárselo.

"7 de julio, 2025", escribo con letra temblorosa. "Hoy Zahra enterró a su hijo con una cuchara de plástico. La misma cuchara con la que intentaba darle agua ayer. La misma que usó para cavar la tierra detrás de la mezquita bombardeada."

Mi estómago gruñe tan fuerte que por un momento pienso que son bombas lejanas. Pero no, es solo el hambre. Mi vieja compañera. La que me despierta cada mañana recordándome que sigo viva.

"La radio dice que la ONU está en sesión especial", continúo escribiendo. "Discuten nuestra situación mientras tomando café en Nueva York. Seguro tienen galletitas también. De las buenas, no como esta que encontré en una mochila quemada."

El lápiz se parte. Justo en medio. Como Gaza, pienso con una risa que suena a vidrios rotos. Lo sostengo con más fuerza, apretando los dos pedazos para que sigan siendo uno. Como nosotros. Como los que quedamos.

"Ahmad pesaba menos que al nacer", anoto. "Dos años tuvo. Dos dientes apenas. Una sonrisa que ya no veremos. Su madre lo enterró sola porque aquí ya ni para enterrar nos ayudamos. El cansancio es más fuerte que la solidaridad."

Una gota cae sobre el papel. No es lluvia - no llueve en Gaza desde hace semanas. Es sudor, o tal vez una lágrima que se me escapó sin permiso. La mancha se expande, desdibujando las letras. Dejo que suceda. Las palabras también tienen derecho a deshacerse.

"Sigo viva", escribo con el lápiz roto. "Aunque no sé por qué. Aunque no sé para qué. Tal vez solo para contar esto. Para que cuando encuentren estos papeles, si los encuentran, sepan que aquí había gente. Que teníamos nombres. Que enterrábamos a nuestros hijos con cucharas mientras el mundo cenaba tranquilo."

El papel está arrugado, sucio, manchado como todo en Gaza. Lo doblo con cuidado y lo guardo junto a los otros. Junto a la lista de muertos que crece cada día. Junto a los recuerdos que pesan más que las bombas.

Mi estómago vuelve a gruñir. Le doy las últimas migas de la galleta vieja. "Come", le digo. "Come para que podamos seguir escribiendo. Come porque alguien tiene que contar que en Gaza, en 2025, las madres entierran a sus hijos con cucharas mientras la ONU toma café."

Y el hambre, fiel como siempre, me muerde las entrañas como recordándome que sí, que sigo viva. Por ahora.

Me arrastro hacia la mezquita como una sombra culpable. No debería estar aquí - los drones suelen apuntar a los lugares de oración, como si rezar fuera un acto terrorista. Pero necesito hablar con alguien que no esté muerto o muriendo, aunque sea Dios. Aunque sea este Dios que permite cucharas de plástico para enterrar niños.

La mezquita de Shuja'iyya era hermosa antes. Tenía una cúpula verde que brillaba bajo el sol como una promesa. Ahora es una boca

desdentada que mira al cielo. Las bombas se llevaron el techo, las paredes sur y este, el mihrab donde el imam dirigía la oración. Solo quedan columnas rotas que parecen costillas de un animal gigante.

Me detengo frente a lo que fue el altar. Donde antes había una alfombra persa con arabescos dorados, ahora hay escombros y manchas oscuras que prefiero no identificar. Mis pies descalzos sienten cada piedra, cada trozo de vidrio. El dolor es bienvenido - me recuerda que aún puedo sentir.

"Bismillah ar-Rahman ar-Raheem", susurro, pero las palabras suenan huecas. ¿Cómo hablar de misericordia cuando acabo de ver a una madre enterrar a su hijo con una cuchara? ¿Cómo hablar de compasión cuando el mundo mira Netflix mientras Gaza arde?

Un perro flaco cruza entre las columnas. Tiene algo en el hocico. Algo pequeño, oscuro. No quiero saber qué es, pero mi mente lo sabe igual. Aquí los perros comen lo que encuentran, y lo que encuentran suele tener nombre y familia.

"¿Dónde estás?", pregunto al aire. Mi voz rebota en las paredes que quedan. "¿Eres el mismo Dios que bendice los tanques israelíes? ¿El mismo que inspira los discursos en la ONU mientras nos dejan morir?"

El perro se detiene, me mira. Sus ojos tienen más humanidad que los diplomáticos que hablan de "conflicto" como si fuera un juego de ajedrez. Como si no hubiera madres cavando tumbas con cucharas de plástico.

Me arrodillo sobre los escombros. El polvo tiene un olor metálico, a sangre vieja y promesas rotas. Intento rezar pero solo me sale una risa amarga. Pienso en los políticos cristianos que bendicen las bombas, en los rabinos que justifican la masacre, en los líderes musulmanes que miran para otro lado.

"Si estás aquí", murmuro, "no te pareces en nada al Dios de las Naciones Unidas. Su Dios firma resoluciones y expresa preocupación. Su Dios usa corbata y toma café mientras redacta comunicados. Su Dios tiene las manos limpias."

El perro suelta su carga y huye. No miro lo que dejó. Ya he visto suficiente muerte por hoy. Ya he visto suficiente para toda una vida.

Me levanto despacio, mis rodillas crujiendo como la fe rota. El sol cae sobre las ruinas de la mezquita, haciendo brillar los vidrios rotos como lágrimas de cristal. En algún lugar, un muecín llama a la oración. Su voz suena lejana, casi irreal, como un recuerdo de cuando Gaza aún tenía derecho a rezar.

"Amén", digo por costumbre, aunque ya no sé a qué estoy diciendo amén. Tal vez a la vida. Tal vez a la muerte. Tal vez solo al silencio de un Dios que, si existe, debe estar tan roto como su casa.

El sol se hunde tras los edificios rotos como una moneda oxidada. Zahra y yo seguimos sentadas entre los escombros de lo que fue mi sala. El zumbido de los drones es constante ahora, como un enjambre mecánico que se niega a dormir. No disparan. Solo miran. Como buitres esperando.

—Ya ni nos asustamos —murmura Zahra, su voz áspera por la sed—. ¿Te acuerdas cuando corríamos al sótano apenas los escuchábamos?

Asiento. Recuerdo esos primeros meses después de la operación "Oz VaHerev", cuando aún teníamos energía para tener miedo. Cuando aún creíamos que esconderse servía de algo.

—Ahora ni siquiera pestañeamos —continúo, mirando el cielo que se oscurece—. Es como el hambre, ¿no? Te acostumbrás.

Un drone pasa tan bajo que puedo ver su panza metálica, sus cámaras como ojos sin párpados. Graban todo: nuestras caras hundidas,

nuestros huesos marcados bajo la piel, la manta vacía que Zahra sigue apretando contra su pecho.

—Nos quieren vivos —digo en voz baja, casi para mí misma—. Pero mudos. Para que contemos lo que pasa. Pero sin fuerza para cambiarlo.

Zahra suelta una risa seca que suena como papel arrugado.

—¿Testigos domesticados? —pregunta con ese sarcasmo que solo da el dolor—. Como esos periodistas que vienen, sacan fotos de niños muertos y después se van a sus hoteles con aire acondicionado.

El zumbido se intensifica. Tres, cuatro drones ahora. Bailan sobre nosotras en círculos perfectos, matemáticos. Graban nuestra derrota en alta definición.

—La cuchara... —susurra Zahra de repente—. ¿Creés que también grabaron eso? ¿Cuando enterré a Ahmad?

Mi garganta se cierra. Pienso en las imágenes: una madre cavando con una cuchara de plástico, la tierra roja, el bulto pequeño. Todo capturado por esos ojos mecánicos. Todo archivado en algún servidor en Tel Aviv.

—Seguro tienen el video —respondo—. Pero no lo van a mostrar. No les sirve. Prefieren las imágenes de Hamas, de túneles, de cohetes. Una madre enterrando a su hijo con una cuchara... eso no encaja en su narrativa.

Los drones siguen su danza nocturna. Me pregunto quién mira estas imágenes. ¿Hay un soldado en alguna base que nos observa? ¿Ve nuestros labios partidos por la sed? ¿Nota cómo Zahra acaricia la manta vacía?

—A veces —dice Zahra, su voz apenas un susurro—, cuando duermo, sueño que los drones caen como lluvia. Que sus cámaras se rompen. Que ya nadie puede vernos morir.

La oscuridad es casi completa ahora. Los drones son solo puntos rojos en el cielo, estrellas artificiales que no nos dejan olvidar quién

manda aquí. Quién decide quién vive y quién muere. Quién puede enterrar a sus hijos con palas y quién debe usar cucharas de plástico.

—Pero seguimos aquí —digo, tomando su mano huesuda—. Seguimos contando. Aunque sea en susurros. Aunque sea con lápices rotos y papeles sucios.

Arriba, los drones continúan su vigilia. Grabando testigos que ya no tienen nada que perder. Excepto, quizás, la voz.